



Leonor Torres, 83 años.
Laura Duarte Domínguez, 19 años.

A la sombra del recuerdo

Leonor nació en Jaén, se fue a Madrid y salió adelante. Ahora recuerda su pasado con nostalgia. Es la historia de los que van y vienen en busca de trabajo y se llevan en cada viaje recuerdos y experiencias.

Con 22 años se casó y tan sólo 11 meses después nació su primera hija, Isabel. Su marido tuvo que emigrar a Madrid. Unos primos le facilitaron encontrar trabajo como albañil en la capital, y se fue solo. Pero Leonor no tardó en coger un autobús en Úbeda. Con una niña de dos años y todos los bienes a cuestas, viajó hasta Madrid para vivir la vida junto a Diego. Las limitaciones económicas de una familia de labradores no posibilitaban que su vida en Madrid estuviese llena de comodidades. Así, Leonor, su marido y su hija tuvieron que vivir compartiendo piso con otra pareja y otro niño. No era fácil la convivencia. De hecho, recuerda entre lamentaciones y sonrisas aquellos años.

Sus padres eran labradores, cultivaban en sus propias tierras lo que luego vendían para sobrevivir. A Leonor le tocó trabajar como cocinera en una casa, dónde cobraba 1000 pesetas al mes y trabajaba 9 horas al día. Bordar era su mayor entretenimiento y también una forma de salir adelante en malas épocas. La mantilla que ella y unas amigas trabajaron para la mujer de Franco nunca llegaron a pagársela. De hecho, tampoco sabe quién se la entregó ni como llegó hasta ella. Quizá tampoco le preocupe ya. Obvia ese detalle al preguntárselo, pero matiza las horas de día y noche que les llevó hacerla. Con una tela negra de fondo si la mantilla era blanca y blanca si era negra, perdía un poco de vista en cada puntada. Pero era feliz; o al menos se reía.

Las necesidades no le permitieron hacer lo que siempre le hubiera gustado: estudiar Derecho. Recuerda con especial cariño sus años en el colegio y una sonrisa ilumina su cara cuando cuenta que dibujaba la cruz cristiana al principio de cada ejercicio y escribía la fecha en números romanos. Es feliz hablando de aquella etapa. Y quizá de todo aquello solamente le quede que hoy devora libros y adora la lectura.



Pero no era posible por entonces hacer lo que cada uno quería. Su viaje a Madrid estuvo cargado de ilusión en principio.

Se reunió con su marido y vivieron juntos después de que él hubiera emigrado poco tiempo antes en busca de trabajo, pero dejó atrás toda una vida y cajas de recuerdos.

No se permitían caprichos o lujos porque tampoco podían. Vivían con lo justo. Pero supieron administrar lo que tenían, trabajar, ahorrar, tener otras tres niñas y hacerse una vida lejos de su tierra.

Ahora, pasa las vacaciones en Murcia, vendió unas tierras en Jaén y juega con sus nietos en sus ratos libres. No falta a misa cada domingo. Dice que ¿En qué puede creer una persona que no cree en Dios?.

Hoy, bordar es una tarea olvidada, un trabajo apartado. Ya no se valora lo que son 1000 pesetas al mes trabajando. Era su sueldo, pero le dolía más no poder estudiar que dejarse las manos en la cocina. Y es que entonces, no era una época de metas, sino de renunciaciones.

La de Leonor es la historia de muchos españoles que renunciaron a todo por conseguir algo. No tiene grandes anécdotas, no huyó escapando, no comenta hechos impactantes de posguerra. Y esa es su suerte, que otros no corrieron.

Lo importante de la vida

Leonor dice que hoy su vida es un calvario, que cuando era joven era muy alegre. Tiene todas las comodidades, sus hijas la quieren, disfruta viendo a sus nietos, pasa las vacaciones en la playa (le encanta el mar)... pero quizá haya dejado su energía en Jaén, a donde vuelve de vez en cuando para evocar recuerdos.

Dice que *"no sabemos cuando vamos a nacer ni cuando vamos a morir"* y es quizá por eso que no tenemos tiempo de planear y organizar nuestra vida, que las cosas no siempre salen como queremos y que hay que conformarse con lo que acaba sucediendo. Leonor, mirando hacia el pasado, quizá cambiaría cosas, quizá no hubiera hecho otras, quizá hubiera luchado por seguir estudiando y hacer Derecho, pero la vida le salió así y supo aprovecharla.

Supo ser feliz, y la prueba de ello es que cuenta su historia mientras sonríe y agita las manos para explicar cómo se sentía.

